

ciones al español y alemán, respectivamente; Schultze-Jena 1944 y Edmonson 1970 son ediciones importantes del *Popol Vuh*, con traducciones al alemán y al inglés, respectivamente, y tienen la ventaja que el primero puede ser revisado usando el vocabulario analítico anexo y el segundo, usando el diccionario y la descripción gramatical del mismo autor (Edmonson 1965, 1967a).

El Libro VI de Sahagún 1950-1963 es el más importante desde el punto de vista lingüístico, porque reproduce los discursos formales, proverbios, adivinanzas y metáforas. La importancia del trabajo de Sahagún es tal, que es conveniente consultar algunos estudios sobre él; por ejemplo, Cline 1973, Nicolau d'Olwer y Cline 1973, Nicholson 1973.

Los problemas relacionados con el *Rabinal Achí* y su estructura se discuten extensamente en Acuña 1975.

Para una guía bibliográfica de la literatura oral mesoamericana moderna, véase Edmonson 1976b. Análisis en el nivel de discurso de estas lenguas se encuentran en Jones y Longacre 1979, Reid *et al.* 1968 y Van Haitzma y Van Haitzma 1976. La compleja clasificación nativa de tipos de tradiciones verbales en dos lenguas mayas se analiza en Gossen 1971 y Furbee-Losee 1976. Gossen (1973) analiza los proverbios en tzotzil.

## 10. La prehistoria de las lenguas indígenas de Mesoamérica

El título de este capítulo no se refiere a la información que se puede obtener a través de la reconstrucción de las protolenguas, sino a los tipos de correlaciones que se pueden establecer entre grupos lingüísticos, por una parte, y por datos documentales y arqueológicos, por otra. No obstante, la reconstrucción lingüística será importante para la discusión posterior.

Idealmente, estos tipos de correlaciones tendrían que determinar cuándo y desde qué lugares llegaron para ocupar sus localizaciones históricamente conocidas, cuestiones mucho más simples de abordar cuando existe una profundidad temporal menor, típica de los estudios dialectales o de lenguas poco diferenciadas. Sin embargo, nuestra perspectiva se acerca más bien al tratamiento de lenguas individuales o familias lingüísticas, de manera que el núcleo de este capítulo trata las amplias correlaciones de la historia cultural mesoamericana. Desde esta perspectiva, hay mucho que no se conoce aún con una razonable exactitud ni lo que se conoce es muy sorprendente cuando se le compara con lo que se puede deducir a través de una revisión de la distribución de las lenguas y de las relaciones lingüísticas genéticas. Y puesto que las hipótesis adelantadas por los estudiosos son importantes, pero cuestionables, debemos analizarlas cuidadosamente.

### 10.1 Correlaciones con los datos arqueológicos y lingüísticos

La identificación de datos lingüísticos e histórico-culturales es muy importante para cualquier grupo lingüístico; pero en Mesoamérica este aspecto tiene un significado especial, porque el área está delimitada considerando las características culturales y porque es una de las regiones donde las culturas nativas alcanzaron el nivel de complejidad llamado civilización.

Cuadro 24. Periodos arqueológicos de Mesoamérica

I Cazadores-recolectores	antes de 7000 a. C. de 7000 a 2000 a. C.
II Arcaico	Temprano: de 2000 a 1000 a. C. Medio: de 1000 a 300 a. C. Tardío: de 300 a C. a 300 d. C.
III Formativo (o Preclásico)	Temprano: de 300 a 600 d. C. Tardío: de 600 a 900 d. C.
IV Clásico	Temprano: de 900 a 1200 d. C. Tardío: de 1200 a 1520 d. C.
V Postclásico	

Algunos de los rasgos que caracterizaban a Mesoamérica fueron la dependencia de una agricultura intensiva (con varios cultivos básicos como el maíz, el frijol, y la calabaza en algunos lugares sistemas de irrigación y otros tipos de control de aguas); un fuerte énfasis en la religión, con un elaborado panteón, expresado materialmente en centros ceremoniales con una arquitectura monumental, estilos artísticos desarrollados centros urbanos, unidades políticas expansionistas; una sociedad estratificada con especialistas de tiempo completo o parcial un sistema de mercado y un comercio extenso, elaborados calendarios y escritura jeroglífica.

Los rasgos enumerados, y otros, se encontraron en toda el área; si bien no en todas partes ni con el mismo grado de elaboración. Sin embargo, toda el área estaba bajo la influencia de centros que habían alcanzado los más complejos niveles de desarrollo. El límite norte no era estático y el que se marca en el mapa indica el límite más septentrional del área, que en el momento del primer contacto ya se había replegado hacia el sur. El límite austral parece haber sido más estable, pero el área sur constituía una fusión de los rasgos de Mesoamérica y de Centroamérica (también de Sudamérica).

Debido a que el estado cultural, caracterizado anteriormente, fue el resultado de un largo desarrollo, es necesario referirnos, aunque sea esquemáticamente, a algunas fases importantes de éste. Como una guía temporal y espacial para la discusión que sigue, el lector deberá remitirse al cuadro 24 que enumera los principales periodos arqueológicos y al mapa 2 donde se conjuntan algunos sitios arqueológicos.

La evidencia para el cultivo de plantas aparece en el periodo arcaico\*, entre el 5200 a. C y el 3400 a. C. en Tamaulipas y Tehuacán. Está probado que durante el Formativo temprano (aproximadamente 1500 a. C.), las culturas eran totalmente agrícolas. La dimensión de los grupos humanos, encontrados durante las primeras fases del registro arqueológico, se ha estimado entre 12

\* N. T. El autor utiliza el término *arcaico*, pero tal denominación está virtualmente en desuso en las periodificaciones arqueológicas actuales utilizadas por mexicanos y norteamericanos. El término *arcaico* data de la época de Gamio y, según los especialistas, actualmente sólo lo utilizan los arqueólogos sudamericanos en sus periodificaciones. (V. Carmona, Martha (1987) "Los materiales arqueológicos de las colecciones preclásicas del altiplano central en el Museo Nacional de Antropología", en: *El preclásico o formativo. Avances y perspectivas*, v. 1, MNA-INAH, México:307-315.

a 24 personas, lo que implica una organización familiar. Hacia el año 3400 a. C., los grupos habían aumentado aproximadamente a 240 personas, que es el tipo de organización social llamada banda. Aproximadamente desde 3400 a. C. en adelante, hay evidencias de asentamientos semiestables y en el periodo Formativo temprano se establecieron los asentamientos permanentes.

Lo que se puede considerar como un patrón cultural típico de Mesoamérica aparece durante el Formativo medio. Una de sus manifestaciones más importantes es la existencia de centros ceremoniales. A este periodo pertenecen los sitios de La Venta, en el sur de la costa del Golfo; Monte Albán, en el valle de Oaxaca; y Kaminaljuyú, en las tierras altas de Guatemala. La cultura de La Venta, y de sitios vecinos no indicados en el mapa, es denominada la cultura olmeca, que floreció en La Venta entre el 800 a. C. y el 400 a. C. Sin embargo, en ciertos lugares se le puede identificar desde el 1300 a. C. y, de acuerdo con algunos especialistas, poseía ya las características básicas de las tardías fases arqueológicas. La cultura olmeca es particularmente importante debido a que la influencia de su arte, con sus asociaciones religiosas, tuvo gran alcance. Aunque la extensión real de las influencias y la forma en que se ejercieron, ya sea por meros contactos comerciales o por intrusión de grupos olmecas, son muy controvertidas. También hay diferentes interpretaciones acerca del tipo de organización social que esta cultura refleja, así como se hacen cuestionamientos acerca del tamaño de su población, del carácter potencial urbano de los asentamientos y de la complejidad de su organización política. Naturalmente, estos puntos pueden ser de importancia para estimar las influencias lingüísticas que podía ejercer un grupo. Otro punto, que se apoya en el tipo de contactos lingüísticos y culturales, es que, si bien es posible hallar influencia olmeca se encuentran en Monte Albán, aquí la tradición cultural parece haber evolucionado en una forma continua desde el 1200 a. C.

De los sitios señalados en el mapa, no sólo Monte Albán y Kaminaljuyú pertenecen al periodo clásico, también Tikal, en las tierras bajas del área maya; Dzibilchaltún, en Yucatán (es decir, en el norte del área maya); y Teotihuacán, del valle de México. Este último representaba un centro totalmente urbano, que cubría un área construida de 12 kilómetros cuadrados con un mínimo de población de 50 000 habitantes. Sus influencias llegaron lejos y en un lugar como Kaminaljuyú fueron de tal cantidad y ca-

lidad que se sospecha la presencia efectiva de los grupos teotihuacanos.

Aunque no existe suficiente evidencia para determinar el tipo de control que puede haber ejercido Teotihuacán, existe la posibilidad de que ya entonces fuera un estado expansionista y que su jerarquía gobernante pudiera haber incluido elementos militares, en oposición a los gobernantes religiosos de los primeros periodos.

Teotihuacán fue destruida en el 600 d. C. y los centros clásicos de las tierras bajas del área maya fueron abandonados por el 900 d. C. Por ese tiempo, Monte Albán dejó de ser un centro ceremonial para convertirse en una necrópolis.

En el periodo postclásico, los grupos originarios del norte de la región, algunos probablemente relacionados con pueblos cazadores-recolectores, entraron en el valle de México. Los primeros en dominar fueron los toltecas, con un centro en Tula. Ellos representan, más bien, un cambio cultural drástico, con énfasis en la guerra, prisioneros y sacrificios humanos; para este periodo las ciudades se amurallaron y llegaron a ser como fortalezas. Al periodo tolteca corresponde la máxima extensión del área mesoamericana. Ciertamente, los toltecas eran un grupo expansionista, que conquistó las tierras altas de Guatemala. El sitio de Chichen Itzá en el norte de Yucatán, construido en el Clásico tardío, también fue conquistado por grupos bajo fuerte influencia tolteca o incluso guiados por elementos toltecas. El poder tolteca se quebró hacia el año 1160 d. C., vencidos por invasores del norte.

En el periodo subsecuente, varios centros en el valle de México llegaron a ser crecientemente hegemónicos, hasta que los aztecas, que habían fundado Tenochtitlan en 1325, se aliaron con las ciudades de Tlacopan y Azcapotzalco y dominaron el valle de México después de 1430 y comenzaron su expansión. En el momento de la Conquista, su territorio había alcanzado los límites señalados en el mapa 3. Como se puede apreciar allí, dentro del territorio dominado por los aztecas, permanecieron algunos estados independientes (o señoríos). De éstos, en el estado tarasco naturalmente se hablaba tarasco y los grupos en Guatemala y Yucatán hablaban respectivamente quiché, tzutuhil, cakchiquel y yucateco. Tlaxcala estaba gobernada por un pueblo de habla náhuatl, pero había también elementos de habla otomí. Probablemente, Teotitlán del Camino estaba regida también por hablantes aztecas, pero incluían además hablantes de mixteco y popoloca. Yopitzingo hablaba tlapaneco y Tataltepec era un rei-

no mixteco. El valle de Oaxaca y el istmo de Tehuantepec, en la costa del Pacífico, eran dominios zapotecos con intrusiones mixtecas y también bajo una fuerte presión azteca. Como se puede ver, por comparación con el mapa actual de distribución de las lenguas, las regiones bajo control azteca incluían grupos hablantes de huasteco, totonaco, otomí, popoloca, mixteco y maya, así como otros pequeños grupos cuyas lenguas no se preservaron.

Dentro del lapso que abarca el esbozo anterior, el periodo tolteca es un parteaguas en cuanto a información histórica se refiere. Independientemente de su valor histórico particular, la mayoría de las tradiciones recopiladas después de la Conquista se remontan a este periodo, de manera que, relativamente hablando, de aquí en adelante estamos hablando de tiempos históricos. Sin embargo, es conveniente partir de los tiempos de la Conquista para ver hasta qué fecha y lugares es posible rastrear los grupos lingüísticos.

El grupo azteca de hablantes de náhuatl, de acuerdo con la información histórica, ocupó en el valle de México después del 1256 d. C. y tenía la tradición de haber venido de un lugar localizado al noroeste, lo cual no es sorprendente ya que el resto de las lenguas yuto-nahuas están localizadas al norte de esa área. Las variantes llamadas náhuatl, nahuatl y nahual se originaron debido a rasgos fonémicos que las distinguen. El término 'nahua' alude a cualquiera de los grupos. Los grupos náhuatl ocupan relativamente una posición central; los grupos nahual se encuentran desde la parte central hacia el oeste, la costa del golfo y las regiones más al sur. Sin embargo, los aztecas no fueron el primer pueblo en el área, que pertenece a este subgrupo lingüístico; varios de los grupos establecidos en el valle de México eran de habla nahua y además, de acuerdo con la tradición, también lo eran los toltecas, parcialmente por lo menos. Es posible que en algunos casos los grupos náhuatl conocidos hubiesen hablado antes de una lengua distinta; esto, por ejemplo, se ha aceptado para el grupo de Xolotl, quienes aún eran cazadores cuando incursionaron en el valle de México, después de la caída de Tula y fueron absorbidos por la cultura mesoamericana.

Existen también leyendas de que un grupo hablante de nahua, llamado pipil, que se localizaba en Guatemala y más al sur, había emigrado desde el valle de México en el 800 d. C., a través de la parte sur de la costa del Golfo. Esta migración se registra como la consecuencia de una lucha por la supremacía entre diferentes grupos después de la destrucción de Teotihuacán; por lo tanto,

se puede asumir que los grupos de habla nahua estuvieron en el valle de México, por lo menos hasta la caída del lugar, es decir, en el 600 d. C. Además, como está históricamente comprobado, el grupo de habla nahua y su pariente más cercano, el pochuteco, comparten el vocabulario con las características culturales mesoamericanas típicas. Se puede asumir que los hablantes del subgrupo azteca del yuto-nahua estaban ya en Mesoamérica antes de la caída de Teotihuacán (la fecha glotocronológica para la separación del pochuteco es el 400 d. C.) aunque, con nuestro conocimiento actual, el tiempo o el lugar de ésta no pueden ser establecidos con mayor precisión. Puesto que la mayoría de los grupos yuto-nahuas se esparcieron manteniendo su afiliación lingüística más cercana, los aztecas pueden haber estado cercanos al grupo corachol (asumiendo que éste es su pariente más cercano), pero la desaparición de los grupos del noroeste de México, que probablemente eran de la familia yuto-nahua y que pueden haber estado más cercanos al subgrupo azteca que el corachol, del cual éste es considerablemente diferente, impide cualquier intento de una mayor precisión para determinar hipotéticamente la ubicación prehistórica del grupo azteca.

Dentro de la familia otomangue, se puede seguir el curso del grupo mixteco, a través de la evidencia documental hasta el noroeste de Oaxaca (sitio de Tilantongo [núm. 7 en el mapa 2]) durante el siglo diecisiete d. C.; también, con una evidencia histórica más indirecta, los grupos mixtecos pueden haberse extendido en el siglo trece en el valle de México. Utilizando el criterio de identidad cultural, los zapotecos pueden ser ubicados, con precisión, en Monte Albán después del 400 d. C. También existe suficiente evidencia acerca de que los grupos otomianos estaban en el área donde se les registró históricamente, por lo menos desde el periodo de la dominación de Tula, ya que los grupos de habla otomí efectivamente formaban parte de los grupos toltecas. Por otro lado, la identificación de los invasores del norte, de cultura cazadora, de los tiempos post-toltecas (por ejemplo los llamados chichimecas de Xolotl), y otros grupos cercanos a los históricamente conocidos grupos de habla pame, es dudosa si se basa en razones estrictamente lingüísticas, ya que las lenguas pames tienen un vocabulario para los objetos agrícolas que es proto-otomangue. Finalmente, aunque depende más de una interpretación hipotética que de un dato histórico indirecto, es probable que los grupos de hablantes mazatecos y popolocas deberían ser buscados entre los toltecas.

De acuerdo con algunas tradiciones históricas, el grupo chiapaneco-mangue migró de una región al sur del valle de México poco antes del 900 d. C. y entonces se dividió en el lugar donde históricamente se encontró por primera vez al chiapaneco; el mangue migró más al sur. Sin embargo, hay una tradición contradictoria, de acuerdo con la cual el chiapaneco se dividió del mangue en Nicaragua y emigró hacia el norte. Aunque la primera tradición es la que se acepta generalmente, no se puede descartar totalmente la segunda.

El subtiaba y el tlapaneco están cercanamente relacionados, lo que da credibilidad a la fecha glotocronológica de 1100 d. C. como el momento de la división. Pero la tradición tlapaneca cuenta que migraron desde un lugar cercano al volcán de la Malinche en el estado mexicano de Puebla, de manera que el sitio de donde partió la migración del grupo subtiaba puede no haber sido el estado de Guerrero, ubicación histórica de los tlapanecos.

Los grupos de habla maya se pueden identificar con precisión, a través de la presencia de inscripciones, en las tierras bajas mayas desde el siglo tres d. C.; pero no existen evidencias directas acerca de qué lengua maya se hablaba allí. Algunos expertos, basándose en la presencia de préstamos de las lenguas cholanas (lo cual implicaría una superioridad cultural) en otras lenguas mayas, asumen que el pueblo de la cultura clásica, de las tierras bajas, hablaba cholano. La validez del argumento depende de la posibilidad de determinar la cronología de estos préstamos, ya que el préstamo pudo ocurrir en tiempos tardíos. El agrupamiento del chicomozulteco con el huasteco parece seguro y el grado de diferenciación es tal que hace pausable el dato glotocronológico de 1100 d. C. para el momento de la separación; presumiblemente, el chicomozulteco emigró al sur. Como en el caso del subtiaba y el tlapaneco, la fecha glotocronológica es razonable, debido a que cae en un periodo registrado de desorden y migraciones en el México central.

Para los otros grupos se carece de datos o bien se refieren, más o menos, a periodos de la Conquista. En cuanto a los tarascos, se sabe que tomaron control del área hasta tiempos relativamente recientes, desplazándose y subyugando a otros grupos anteriores, pero no hay información acerca de su lugar de procedencia, el dato lingüístico no es de ayuda en este caso porque el tarasco no puede ser relacionado lingüísticamente con ningún otro grupo. Los totonacos tenían en el momento de la Conquista su centro en Cempoala y pueden haber sido los portadores de la

importante cultura del Tajín (del Clásico tardío al periodo post-clásico); sin embargo, su identificación es hipotética. Los huastecos deben haberse separado del grupo maya principal antes de los tiempos clásicos, ya que no comparten elementos culturales correspondientes a este periodo, aunque los datos arqueológicos pueden situarlos históricamente no más allá del 1000 d. C. Otra información histórica se refiere solamente a movimientos dentro de una área restringida, por ejemplo, el grupo tequistlateco, que se extendió más hacia el oeste y fue confinado a su territorio histórico por la expansión mixteca y zapoteca y por los huaves, que ocuparon un territorio más grande hacia el norte, colindando con los grupos mixe-zoque, pero fueron empujados hacia la costa por la expansión zapoteca, precisamente en la víspera de la Conquista española.

En los párrafos anteriores se hizo mención de datos plausibles que indicaban ya sea la presencia de un grupo dado, en un momento anterior a la ubicación históricamente conocida o a un desplazamiento notorio del grupo. Se han propuesto identificaciones lingüísticas más amplias para diferentes grupos, a las cuales se refieren los documentos históricos, pero, éstas se apoyan mucho más en evidencia indirecta, que involucra principalmente movimientos de grupos alrededor del valle de México en los tiempos toltecas y post-toltecas. Como parece seguro que estos grupos eran de composición étnica diversa, la identificación llega a ser más difícil. Sin embargo, en estos casos, es un problema de interpretación de la evidencia documental; como vimos anteriormente, la identificación de los tiempos toltecas está basada en los datos arqueológicos y lingüísticos y, por lo mismo, es extremadamente hipotética.

La tradición arqueológica, basada en el desarrollo cultural ininterrumpido que va de 1200 a. C. a la cultura de Monte Albán, podría atribuirse a los hablantes zapotecos. Con el mismo fundamento, podríamos asumir la presencia de grupos mayas en el área de las tierras bajas aproximadamente desde el 800 a. C.; aunque no es claro cuánto tiempo pueden haber estado presentes los grupos de hablantes mayas en Kaminaljuyú o en el norte del área yucateca. Se han propuesto elaborados esquemas para correlacionar grupos mayas con datos arqueológicos, pero mientras las relaciones entre los grupos implican diferentes momentos de divergencia y se puede sustentar mediante la reconstrucción lingüística, la asignación de cada etapa de diferenciación en culturas arqueológicas particulares, en general no parece correlacionarse

con datos que sugieran un cambio de población. Además, se apoya excesivamente en el dato glotocronológico y opera con un modelo de "menor movimiento"; de dudosa validez, en la medida que asume que la simplicidad tiene algo que ver con la interpretación y el desarrollo histórico.

Es difícil la identificación lingüística de los portadores de las culturas teotihuacana y olmeca. Los totonacas tienen la tradición de haber sido los constructores de las pirámides de Teotihuacán y existe cierta evidencia etnográfica que reforzaría la hipótesis. Sin embargo, se puede asumir que el patrón conocido desde los últimos tiempos (unidades políticas que incluían diversos grupos étnicos) ya existía en Teotihuacán; de manera que la pregunta correcta que debería hacerse (y mucho más difícil de contestar) sería: ¿A qué grupo de habla pertenecieron los gobernantes que construyeron Teotihuacán? Por lo demás, se ha propuesto la presencia de hablantes mazatecos, mixtecos, nahuas, otomíes y popolocas sobre hipótesis más bien impresionistas.

Existe una tendencia a asumir una filiación lingüística maya para la cultura olmeca con fundamentos arqueológicos. Pero hay otra hipótesis que ha sido propuesta, basada principalmente en el dato lingüístico, acerca de que la cultura olmeca se identifica, por lo menos parcialmente, con los hablantes mixe-zoque, y más exactamente con hablantes de protomixe-zoque. Esta sugerencia basada en la continuidad lingüística de la ubicación histórica de los grupos mixe-zoque —y la ausencia de evidencia de sus migraciones en tiempos recientes— es conocida, pero a ella se han agregado argumentos lingüísticos, como éstos: 1) La coincidencia entre la periodificación arqueológica de los comienzos de la tradición olmeca y los datos glotocronológicos para el proto-mixe-zoque; 2) la reconstrucción para el mixe-zoque de un vocabulario referido al patrón mesoamericano típico de plantas cultivadas, el complejo del maíz y de la religión; y 3) el préstamo de elementos léxicos de relevancia cultural en varias lenguas mesoamericanas. El argumento basado en la glotocronología depende de la confiabilidad que uno es capaz de adscribir al método; pero, en suma, la fecha está dentro de un periodo, cuyos resultados, aun aceptando el método en general, resulta difícil llegar a comprobar. El argumento para los préstamos, que parece menos extendido que asumido (v. 10.2), presenta problemas; la dirección de los préstamos no es clara en todos los casos y la posibilidad de un vínculo genético del mixe-zoque con el totonaca y el maya, dos de las familias de lenguas involucradas en los presta-

mos, incluye la posibilidad de que algunos de esos elementos sean cognados reales; los préstamos a lenguas como el paya y el lenca difícilmente pueden haber sido directos; por lo que llegan a ser irrelevantes para este propósito. Finalmente, existe la posibilidad de que algunos préstamos puedan ser adquisiciones tardías, especialmente aquéllas comprobadas solamente en lenguas mayas circunvecinas o huave y tequilateco.

Más aún, la interpretación de la aparición de estos préstamos, como reflejo de la influencia de la primera cultura mesoamericana conocida, sería válida para los préstamos que pertenecen al ámbito religioso (aunque éste depende a su vez del controvertido punto de vista acerca de la cultura olmeca como la cultura "madre" de Mesoamérica), pero ciertamente no para los que se encuentran dentro del ámbito agrícola, porque para este aspecto no hay evidencia que permita pensar en un solo centro de difusión. Resumiendo, los argumentos que hacen del mixe-zoque el candidato para ser la lengua asociada con la cultura olmeca están basados en la ubicación geográfica y en el carácter del vocabulario reconstruido.

La posibilidad de relacionar la cultura olmeca con el grupo mixe-zoque debería resolver también el problema de identificar el lugar de origen más reciente de este grupo lingüístico. La restricción al lugar de origen "más reciente" se debe al hecho obvio de que este grupo emigró de algún lugar del norte hacia el área mesoamericana, aunque la mencionada posibilidad de relación con el totonaco-tepehua y con el maya, probablemente, crearía el problema de determinar un lugar de origen para el grupo extenso que se encontrase dentro de Mesoamérica. Sin embargo, excepto por las lenguas yuto-nahua y paya, el problema de cuándo y desde dónde los otros grupos penetraron el área mesoamericana no parece susceptible de una solución total que no sea hipotética, por lo menos, por el momento. Esto se debe a que no se ha probado que estos grupos están relacionados, a un nivel de reconstrucción, con grupos fuera de Mesoamérica y además no hay evidencia disponible acerca del lugar original de migración. Además, todo señala la presencia de grupos otomangues y mayas en Mesoamérica, por lo menos en periodos tan lejanos como cuando el área empezó a desarrollar sus características distintivas. Para ambas familias, es posible reconstruir un vocabulario que se refiere a esas características culturales básicas.

En relación con las lenguas yuto-nahuas, sería prematuro identificar los lugares de origen de los subgrupos, como el corachol y

los aztecas, antes que se establecieran bien como tales. En lo que respecta a toda la familia, ciertamente no empezaron a diferenciarse en el área mesoamericana y esto significa una migración desde el norte. Además, el paya parece representar una intrusión en Mesoamérica; los datos históricos y arqueológicos señalan una posición cultural marginal y no existe evidencia de una retirada de otras lenguas chibchas hacia el sur; por el contrario, pueden constituir un reflujo desde Sudamérica hacia América central.

Para el grupo maya, se han propuesto repetidamente las tierras altas de Guatemala, pero los argumentos para esto parecen ser más bien débiles. No hay una asociación con una cultura arqueológica definida, el vocabulario reconstruido no señala claramente una región geográfica definida y otros argumentos son más bien especulativos; por ejemplo, que es más probable que las migraciones fueran río abajo que río arriba.

El valle de Tehuacán ha sido propuesto como lugar de origen del grupo otomangue. La hipótesis descansa en la coincidencia de las fichas glotocronológicas acerca de la protolengua con los datos de una fase arqueológica y en la mezcla entre plantas y animales asociados con esta fase arqueológica y el vocabulario reconstruido, en el cual existen formas que denominan estos elementos. Es muy probable que algunos grupos otomangues hayan estado asociados durante un largo tiempo con la cultura de Tehuacán, debido a la ubicación histórica de algunos de estos grupos y el desarrollo cultural ininterrumpido que existía allí; pero proponerlos como lugar de origen para toda la familia presenta problemas. El principal problema es que falla en el registro de la posición histórica del subgrupo otopame, que significaría un marcado desplazamiento hacia el norte; ante la ausencia de evidencia arqueológica para la migración, podría asumirse que fue en la dirección opuesta y un sitio como Tamaulipas (véase mapa 2) podría servir también para la correlación con el vocabulario reconstruido. Nuevamente, aun aceptando los datos glotocronológicos como válidos, como se asentó en 2.5, no hay una estimación confiable del porcentaje de cognadas para toda la familia; la que se usó, que da el 4500 a. C. como el tiempo de diferenciación, se hizo sobre bases más bien impresionistas, sin el control de la reconstrucción sistemática. Adicionalmente, el que no haya una evidencia concluyente para establecer más subgrupos inclusivos dentro del otomangue (cfr. 2.3) es una limitación grave pa-

ra las inferencias que se podrían hacer desde el punto de vista solamente lingüístico.

La relación recientemente establecida entre el tequistlateco y el jicaque, automáticamente, plantea el problema de determinar el lugar de origen, así como la dirección de la migración de la familia lingüística, en vista de la distancia a la cual estaban localizados. Pero el trabajo comparativo es aún demasiado reciente, incluso para una estimación del grado de diferenciación, punto que implicaría una considerable diferencia en cuanto a la posibilidad de que la migración haya sido en una o en otra dirección. El hecho, que entre los elementos reconstruidos de vocabulario, haya algunos que se refieren a la agricultura es una pista que indica que el tiempo de separación no puede ser demasiado remoto.

En general, la identificación de los grupos lingüísticos con las culturas arqueológicas es muy difícil. Más aún, para el caso específico de Mesoamérica uno tiene que tomar en cuenta los muchos vacíos que existen aún en el conocimiento arqueológico del área y también el hecho de que el estudio histórico de las familias lingüísticas no ha alcanzado el grado de refinamiento necesario para abordar estos problemas sobre una base firme.

## 10.2 Contactos entre lenguas

Varias de las características culturales de Mesoamérica implican intensos y amplios contactos culturales, y por lo tanto, es de esperarse la presencia de préstamos lingüísticos. A pesar de esto, lo que parece sorprendente es que, en general, los ejemplos de préstamos entre las lenguas indígenas son comparativamente pocos, con la excepción de la periferia sur y aun allí, el número de préstamos no es muy grande. Como se discutirá más adelante, hay solamente un caso seguro en 10.2.2 de otro tipo de préstamo.

### 10.2.1 Préstamos

El caso en que se registró el número más grande de préstamos es el de las lenguas quiché. Estos préstamos son de origen nahua; probablemente vienen de una variante similar a la que se hablaba en el sur de la costa del Golfo y fueron incorporados a las len-

guas quiché como consecuencia de la influencia tolteca. La mayoría de las palabras prestadas pertenecen a los ámbitos religioso y militar; por ejemplo, 'altar', 'incienso', 'demonio', 'hacha', 'co-  
raza de algodón' y 'palacio'; aunque algunas que pertenecen al ámbito de la vida diaria, como 'cuna' o 'red para pescar'. Incluyendo algunos casos dudosos, se encuentran alrededor de ochenta préstamos en estas lenguas. Este hecho indica una amplia influencia, pero no es significativa para ninguna lengua en particular, ya que no todos estos préstamos son realmente comprobables en una sola lengua. Las lenguas, con el número más elevado de préstamos, tienen alrededor de treinta casos; lo que es más bien un número modesto si lo contrastamos con otros casos de préstamos léxicos. Por vía de la comparación —y sin tomar en cuenta un ejemplo realmente masivo de préstamos—, en una colección de textos modernos en chol, que se refieren a aspectos tradicionales de la cultura, se encontraron alrededor de 100 préstamos del español.

A su vez, las lenguas mayas han sido una fuente de préstamos para el xinca, lenca, jicaque y paya. Solamente alrededor de veinticinco préstamos en el xinca muestran un patrón claro, pero en diferentes ámbitos de los del náhuatl en las lenguas quiché. Varios préstamos son nombres para plantas cultivadas, hecho que ha sido interpretado como una muestra del estatus anterior de los xincas cuando aún no eran agricultores. Lo que es realmente inquietante (tomando en cuenta que la lengua puede haber estado en el área desde un largo tiempo) es la presencia de nombres para animales entre los préstamos, aunque otros ejemplos del mismo ámbito se hayan encontrado entre otras lenguas del área.

Otros elementos comunes de vocabulario común en el ámbito de las plantas cultivadas, flora y fauna se encontraron en el jicaque, miskito y matagalpa; pero la dirección del préstamo no ha podido aún ser determinada. En cualquier caso, es probable que la cantidad de préstamos en esta área ha sido algo exagerada. Algunos de los supuestos asumidos difícilmente pueden ser préstamos verdaderos, ya que poseen significados como 'viento', 'piedra', o 'blanco', que son poco usuales como préstamos, aun en casos de préstamos masivos. Se debería tomar en cuenta que, como en el caso de las cognadas, el solo parecido no es suficiente prueba de un origen común y la determinación de préstamos presenta por lo menos dos problemas, que la hacen aún más difícil en los siguientes casos: 1) no existe bastante conocimiento histórico acerca de algunas de las lenguas (que para propósitos

prácticos están aisladas); 2) ante la ausencia de muchos ejemplos de préstamos que podrían servir para establecer patrones de adaptación, es difícil asegurar si las diferencias en la forma son el resultado de una adaptación errática o si el parecido es simplemente casual. El préstamo aceptado para 'víbora' (en una dirección no determinada) *ampuk* (*t*), en el xinca; *amap*, en el lenca de El Salvador; *apu*, en el subtiaba, puede servir como un ejemplo. La forma del subtiaba es suficientemente similar a la del xinca como para sugerir un préstamo; pero sucede que es una cognada del tlapaneco *a3bō<sup>23</sup>* y de otras palabras en lenguas otomangues que reconstruyen como *\*(n)kwan* (la palabra subtiaba no requiere la nasal inicial). Esto excluye la posibilidad de un préstamo del xinca o del lenca y como préstamo en dirección inversa, en sí bastante improbable ya que el subtiaba es un recién llegado al área, sería difícil explicar por qué las otras lenguas debían haber agregado una nasal. Por lo tanto, el parecido de la forma subtiaba parece casual.

Una dificultad posterior es que para algunas lenguas, el material se registró muy recientemente, cuando algunas de ellas eran prácticamente lenguas en extinción y uno puede preguntarse si su receptividad a los préstamos no refleja un estado de disolución de la lengua; por otra parte, es muy anómalo (dado el número total de préstamos) encontrar la palabra obviamente pipil *nakat* ('carne') como préstamo en el matagalpa.

La posibilidad de que un préstamo pueda ser de adquisición reciente es fuerte en los préstamos de lenguas nahuas; a esto se debe que los préstamos del pipil a otras lenguas en el área del sur no se mencionaran antes. Algunos de los préstamos posteriores a la Conquista son, obviamente, debido a sus significados; por ejemplo, pipil: *tiupan* (*tiu* 'Dios', *pan* 'lugar de'). En lenca de Honduras, *teiban*, en el matagalpa, *teopan*; todas significan 'iglesia'. Incluso algunos de los préstamos nahuas encontrados en las lenguas quiché pueden ser del periodo de la posterior a la Conquista.

Un caso en discusión puede ser la palabra *masa* 'ciervo'; del náhuatl *masa-tl*, que parece haber sido tomada debido a que la palabra nativa que significa 'ciervo' cambió al significado de 'caballo'; un fenómeno lógicamente posterior a la Conquista. La hipótesis es reforzada porque exactamente el mismo proceso, suplantación del significado de la palabra nativa y préstamo de la palabra náhuatl, ocurrió en el pame del norte. Parecería como si el español hubiera actuado como catalizador, a través de la prefe-

rencia que los españoles le dieron a la lengua náhuatl y por la presencia de hablantes de náhuatl aliados con los españoles. De manera que no hay razón para esperar préstamos nahuas en el tlapaneco de Malinaltepec, en la medida que la región estaba sometida a los aztecas en el momento que empezó la Conquista española. No obstante, hay un préstamo nahua comprobado: *la<sup>1</sup>sa<sup>3</sup>*, 'naranja', del náhuatl *lasa*, que a su vez es préstamo del español antiguo /*na'rans* a/. Nuevamente, las lenguas con pocos préstamos anteriores a la Conquista, como el ixcatéco, mixe, tzotzil y huave, han tomado la palabra que significa 'chivo': náhuatl *tentsu*; mixe de Totontepec, *ténts*; tzotzil, *tentsun*; huave, *tiantz*; esto es claramente un proceso posterior a la Conquista.

Para el resto de Mesoamérica, el caso que podría evidenciar un número de préstamos es el mencionado anteriormente de los préstamos mixe-zoque. Éstos deberían ser importantes, no sólo por su cantidad (hay cerca de cincuenta en total y las lenguas simples no tienen más de una docena), sino debido al tiempo del préstamo (época olmeca), los temas a los que se refieren (plantas cultivadas, complejo del maíz, religión) y el número de lenguas involucradas: maya, otomangue, chontal-jicaque, lenca y xinca, además del náhuatl, huave, tarasco y paya. Sin embargo, con una revisión cuidadosa, muchos de los préstamos aceptados pueden ser rechazados como tales. Se mencionó en la sección anterior de este capítulo que la mayoría de los préstamos al jicaque y al paya se hicieron probablemente a través de las lenguas mayas; de manera que no son ejemplos de préstamo del mixe-zoque, sino de origen mixe-zoque. Entre estos préstamos a las lenguas otomangués, solamente la palabra 'papel' en mixteco puede considerarse como tal. La mayoría de las palabras restantes se reconstruyen bastante bien como cognadas dentro del otomangue, pero en algunos casos con una forma muy diferente.

Esto puede servir como otro ejemplo de los casos de semejanzas casuales discutidos antes: el mazahua *sihmo* ha sido considerado como un préstamo de la palabra *\*tsima*, 'calabaza', del proto mixe-zoque; pero la forma mazahua es cognada de la forma chichimeca *nimo*, 'calabaza', y como regla, en el patrón otomangue usual, la sílaba final es la raíz; Sin embargo, en este caso, es la misma que aparece en la palabra ixcatéca *šwa<sup>3</sup>* y en la palabra tlapaneco *šwa<sup>2</sup>* y se deriva del proto otomangue *\*(n)wi(h)n* (en la parte de las formas cognadas del ixcatéco y tlapaneco con el mazahua y chichimeca *-mo* es *-wa*. Las correspondencias dentro

del otomangue son demasiado complicadas para explicarlas aquí).

Los préstamos del mixe-zoque al náhuatl (con la excepción de uno similar a la palabra 'cacao'; la mayoría probablemente no son préstamos directos) son difíciles de justificar, debido a las diferencias inexplicables en forma, a la existencia de cognadas en las lenguas yuto-nahuas del norte (un doble préstamo del náhuatl al tarahumara o guarohío es difícil de imaginar) y la discontinuidad temporal y geográfica. Hay que recordar que mientras la cultura olmeca ha sido identificada desde el 1200 a. C., floreció entre el 800 a. C. y el 400 a. C.; mientras que el proto-nahua puede haber estado presente en el noroeste de México, a principios de la era cristiana.

Si uno toma en cuenta que los préstamos a la lengua tequislateca y al totonaco son pocos en número y que los anteriores, así como los de las lenguas mayas colindantes y del huave pueden ser préstamos relativamente recientes, se tiene que concluir que las influencias lingüísticas efectivas del mixe-zoque en los tiempos olmecas se reducen a proporciones muy modestas.

A pesar del origen del mixe-zoque, los préstamos encontrados en el nahua del istmo (localizado en el sur de la costa del golfo) han sido incorporados en tiempos recientes, después que el grupo emigró del centro de México (cfr. 10.1). Algunos de ellos pueden ser préstamos más bien tempranos, pero el que la mayoría de ellos tenga una distribución escasa en el dialecto náhuatl —grupo que probablemente no empezó a diferenciarse hasta la llegada de los españoles—, sugiere que la incorporación de estos préstamos puede haber sido en muchos casos relativamente reciente. Existen alrededor de cuarenta préstamos identificados, pero realmente ninguna variante simple tiene más de quince. La mayoría de las palabras se refieren a la fauna (predominantemente a la fauna marina) y a la flora del área. Por otra parte, mientras los préstamos nahuas no son evidentes en las lenguas mixe-zoque, algunas lenguas de la rama zoque han tomado del náhuatl la palabra funcional *iga*, 'aquél' ('de manera que'). Es interesante que en algunos casos se han encontrado traducciones de préstamos (calcos), por ejemplo: el náhuatl, *si-n-go-jama*; en popoluca *mog-itsim*, 'jabalí o puerco salvaje', ambas palabras literalmente significan 'puerco oreja de elote'.

Debe quedar claro que a partir de la discusión precedente acerca de los préstamos en el área mesoamericana necesitamos explicar a qué se debe a que sean comparativamente poco comu-

nes. Sin embargo, la situación no es inesperada considerando ciertas características de la organización social y política. Los 'estados' mesoamericanos, incluyendo al imperio azteca, eran más bien agregados políticos bastante independientes que se aliaban sin cambios concomitantes importantes en la organización interna de los grupos que participaban. Cada unidad básica se concentraba en un pueblo o ciudad, donde existía un tipo de diferenciación interna que permitía la integración a distintos niveles sin afectar mucho a los niveles bajos. Aun en las unidades más grandes, diferentes grupos étnicos podían coexistir, aparentemente sin mezclarse. La esfera de influencia del imperio azteca representaba probablemente el tipo más coherente de integración a nivel estatal en el desarrollo de Mesoamérica; pero aunque tal poder se ejercía principalmente a través del tributo y del control por medio de incursiones punitivas cuando eran necesarias, no había una integración real en un todo unificado y político, directamente controlado. Es significativo que en los casos de conquista real, como la del territorio quiché por los toltecas, el resultado no era un estado dependiente de un centro ya existente y la clase gobernante se asimilaba lingüísticamente a la población sometida. Hay otro ejemplo de este tipo de proceso: de acuerdo con la tradición nativa, los fundadores del reino mixteco de Tilantongo fueron intrusos lingüísticamente asimilados. Que esto debe haber sido así lo apoya el que, en el momento de la Conquista española, existía aún un vocabulario especial usado por los plebeyos, cuando se referían a los miembros de la clase alta, formas que no eran de la lengua mixteca y que han sido parcialmente identificadas, debido a su aparición en otras lenguas otomangués (principalmente cuicateco). Este vocabulario especial, a pesar de haber sido usado por los plebeyos, no sobrevivió al colapso de las unidades políticas nativas.

En términos más generales, una hipótesis que tome como punto de partida el sitio arqueológico y que intente explicar los hechos aparentemente contradictorios de influencias externas y de un desarrollo ininterrumpido, localmente bien caracterizado, es pertinente para los problemas relacionados con los préstamos. En términos más simples, asume que los contactos culturales fueron el resultado del interés de la clase gobernante por mantener el prestigio. Esto concuerda con el hecho de que los préstamos más difundidos de palabras y aquéllas que parecen haber sido fácilmente tomadas independientemente en diferentes lugares, pertenecen por su significado al ámbito religioso y militar o al de

artículos de lujo. Éste es el caso de los préstamos difundidos provenientes del mixe-zoque de las palabras que significan 'incienso', 'cacao'; o la concurrencia en todas partes del sistema numérico vigesimal. Por otra parte, el incomprensible préstamo de algunos nombres que designan animales, por ejemplo, 'conejo' del mixe-zoque en el yucateco, ha sido razonablemente explicado como debido al hecho de que se trata de términos calendáricos; los días se asociaron con nombres de animales y plantas en los calendarios mesoamericanos y éstos eran la responsabilidad y el privilegio de la clase sacerdotal. La palabra para 'pavo' es común a algunas lenguas mayas y el mixe-zoque (que es probablemente la fuente del préstamo) y es posible que lo mismo ocurra en el jicaque y tequistlateco; el nahua de la Huasteca y el náhuatl comparten la palabra para 'pavo macho' (la dirección del préstamo no ha sido aún determinada) y en varias lenguas otomangués que ocupan un territorio continuo (trique, algunas lenguas mixtecas, chatino, algunas lenguas zapotecas y tlapaneco) hay una palabra común para 'pavo macho' que, debido a su forma fonológica, podría ser solamente el resultado del desarrollo normal de las lenguas zapotecas, de las cuales puede haber sido tomada la forma. El interés de estos ejemplos para el punto en discusión, es que, por lo menos en el área mixteca, el pavo era una mercancía de lujo.

El carácter de los préstamos nahuas encontrados en las lenguas quiché ya ha sido discutido y como ejemplo final se podrían mencionar los frecuentes casos donde los grupos, apropiándose de un nuevo territorio, mantenían los nombres anteriores de los lugares por medio de una traducción del préstamo, práctica que no puede provenir de los plebeyos.

Se puede ver, entonces, que varios factores señalan una situación en que los contactos lingüísticos se dieron principalmente entre las clases altas y que sus efectos potenciales alcanzaron escasamente a los grupos más bajos. En consecuencia, esto indica que las muy frecuentes referencias al bilingüismo que involucran al náhuatl y a otra lengua, encontradas en las *Relaciones Geográficas* (cfr. cap. 1) y otras fuentes, deberían ser tomadas como una enunciación de la generalidad del fenómeno. Y puede haber sido así en casos como los del náhuatl y las lenguas zoque (*vid supra*); pero para la mayor parte debe aceptarse que el bilingüismo estaba restringido a la clase gobernante; si fuera el caso, como es aceptado por algunos estudiosos modernos, que el bilingüismo

era general, la escasez de préstamos nahuas en otras lenguas sería anómala.

La conclusión implícita, acerca de que el estrato más bajo de la sociedad se desarrolló en una situación de marcado aislamiento lingüístico de otros grupos, está reforzada por la fragmentación lingüística actual que ya se discutió en el capítulo 2. Parecería que las unidades políticas mesoamericanas no produjeron en lo más mínimo una unificación lingüística; la fragmentación puede haber sido favorecida por la política española de aislar a los grupos culturales, y subsistió desde entonces como lo pone en claro la siguiente cita: "Es agora de notar que entre todos los pueblos que hablan esta lenga [*sic*] (digo aun los que son meros zapotecos) nengun pueblo ay que diffiera del otro poco o mucho" (Córdova 1886 [1578]:119).

Algunos patrones parecen aparecer persistentemente en Mesoamérica y, aunque hay poca información disponible sobre contactos lingüísticos actuales entre grupos nativos, existen algunos ejemplos en los cuales el viajero casual podría percibir que lo que parece ser un solo pueblo en realidad contiene dos grupos étnica y lingüísticamente diferentes que coexisten casi sin mezclarse.

#### 10.2.2 Rasgos del área lingüística

Las lenguas dentro de un área cultural y geográfica dada pueden compartir, a pesar de sus filiaciones genéticas, características estructurales que no son heredadas, sino son el resultado de la difusión; este fenómeno es llamado 'rasgos de área' o 'asociación o alianza de lenguas' (o mediante el término original en alemán *Sprachbund*). Los rasgos de área son de especial interés histórico, en la medida de que, en efecto, se deben a la difusión; por otra parte, si se deriva de un origen común, son parte del estudio histórico de las familias de lenguas o si, son casuales, pertenecen a la caracterización tipológica del área.

En contraste con algunos enfoques para los cuales este tipo de difusión constituye un fenómeno diferente del préstamo ordinario, proceso en el cual está involucrado algún mecanismo no comprobado directamente, es comprensible que los rasgos de área no puedan ser sino un ejemplo de préstamo. Por lo tanto, basándose en lo que es conocido acerca de las influencias entre las lenguas —que la parte del lenguaje más fácilmente influencia-

ble es el vocabulario—, sería muy extraño si el préstamo de rasgos fonológicos y gramaticales ocurriera en ausencia de préstamos directos de elementos léxicos.

De hecho, hasta ahora no se ha aventurado ninguna propuesta definitiva sobre la difusión de rasgos fonológicos o gramaticales en Mesoamérica; sin embargo, si se ha sugerido que esta área muestra una coincidencia de rasgos que son característicos de un área lingüística. Pero ni aun en esta forma preliminar parece haber hechos que apoyen la propuesta.

En relación con la fonología, los datos presentados en los capítulos 2 y 3 difícilmente sugieren una recurrencia de rasgos característicos de un área lingüística. Realmente la hipótesis se refería a los sistemas fonológicos de las protolenguas, pero entonces, la hipótesis se anula a sí misma, porque en un área lingüística se esperaría una convergencia progresiva, y no lo contrario. Sin embargo, en la época de la protolengua, algunos de los grupos habrían tenido la organización social de una banda o una pequeña tribu, no es el tipo de organización social que favorecería esta clase de contacto lingüístico. No obstante, muchos de los supuestos rasgos comunes son negativos, por ejemplo, la ausencia de fricativas sonoras. Los rasgos negativos poseen el mismo valor para los rasgos de área que tienen las retenciones en la subagrupación; es decir, son neutrales. Otros rasgos aducidos son demasiado naturales para ser significativos, por ejemplo, la sonorización de obstruyentes después de nasales, principalmente cuando la lengua carece de contraste de sonoridad en las series obstruyentes. Otras características ocurren discontinuamente, como las laterales sordas que se encuentran en el tequistlateco, cuicateco y totonaco, o las oclusivas aspiradas que aparecen en el tarasco y jicaque. Las lenguas otomanguas no se pueden aducir para este punto porque, aunque presentan grupos de Ch, la aspiración en esta posición es el resultado de un proceso de metátesis hC>Ch, que aún continúa en algunas lenguas como el tlapaneco. Sólo para las oclusivas glotalizadas podría constituirse un caso fundamentado en las lenguas mayas, xinca y lenca, pero no el jicaque, que las comparte con el grupo tequistlateco, con el cual está genéticamente relacionado.

El último punto mencionado es importante; una de las formas, a través de las cuales un rasgo de área puede ser detectado, es cuando ocurre inesperadamente (es decir, no es explicable como característica heredada) en una lengua o lenguas de una familia dada, aunque éste no es el caso para todos los rasgos de área fonológica propuestos. Así, por ejemplo, los tonos aparecen ya

sea dentro de un grupo genético, por ejemplo el otomangue —y no hay evidencia de que el sistema particular de un subgrupo dado pueda haber sido influido por el sistema de otro subgrupo—, o en algunas lenguas de una familia; por ejemplo, la maya, donde pueden ser explicados como desarrollos regulares, o como un rasgo ya aún no explicado (por ejemplo, en un dialecto del huave y en algunas lenguas yuto-nahuas) en lenguas que, hasta donde es posible determinar, no han estado en contacto con lenguas tonales o, si lo han estado, el contacto es muy reciente.

En relación con la gramática, los rasgos coincidentales aducidos son comunes y generales; por ejemplo, que los nombres que designan partes del cuerpo estén obligatoriamente poseídos; la marcación del objeto pronominal en el verbo; elementos direccionales dentro de la frase verbal, o el uso de sustantivos que se refieren a partes del cuerpo en frases locativas. En este nivel de generalidad, la mayoría de las características enumeradas en el capítulo 6 podrían considerarse específicas de áreas determinadas, pero por la misma razón, el área dada podría cubrir progresivamente una buena parte de América. Para que una característica sea significativa tiene que ser o lo suficientemente específica (aunque en el capítulo 6 la atención se centró en las diferencias que se encontraron bajo la misma categoría general), o bien tiene que representar una noción particularmente elaborada, como es el caso de los direccionales en el corachol y el tarahumara-guarojío, pero estas lenguas son yuto-nahuas. En otros casos, las características se encuentran ya sea discontinuamente o constituyen rasgos comunes aislados, por ejemplo, cuando puede esperarse cierta conjunción de características comunes en los fenómenos del área.

La misma objeción se puede presentar en relación con los rasgos semánticos comunes, con la excepción del sistema vigesimal de numerales ya mencionado, que constituye claramente un rasgo de área, que ha de explicarse por difusión.

A pesar del rechazo a estas propuestas, Mesoamérica actualmente constituye un área lingüística obvia, pero sus características probablemente han sido pasadas por alto, debido a la visión que separa los rasgos de área de los ejemplos de préstamo ordinario.

Mesoamérica, en su calidad de área lingüística, es resultado de la influencia del español en lenguas nativas. El alcance de las características comunes puede comprenderse a la luz de los capítulos 3 y 8. Ellas se originan de una fuente definida e identificable, están ampliamente esparcidas e involucran la difusión de con-

trastes fonémicos y de grupos de fonemas, elementos gramaticales (palabras funcionales) y patrones gramaticales que, algunas veces, rompen con los heredados (por ejemplo, el uso de proposiciones en lenguas postposicionales, la marcación por medio de partículas en vez de afijos marcadores, la subordinación por medio de partículas en vez de una simple yuxtaposición, etcétera); ellas representan tanto préstamos directos como calcos. A estas características estructurales se debe agregar un número considerable de préstamos y, como es de esperarse, hay casi una total ausencia de préstamos de elementos morfológicos. Por otra parte, este caso es un ejemplo del cuidado con que las hipótesis acerca de la difusión de características particulares deberían construirse. El que una característica dada, por ejemplo el contraste de sonoras en oclusivas, se haya difundido del español no significa que cualquier aparición de esto en Mesoamérica sea un ejemplo de rasgo de área.

En la discusión acerca de los tópicos contenidos en el siguiente capítulo, será de importancia que el español esté involucrado en este tipo de fenómeno. La penetración española en Mesoamérica no sólo puso fin al desarrollo cultural nativo y lo encauzó hacia una nueva dirección, sino también trajo consigo un tipo de influencia cultural que hasta entonces había estado ausente del área.

## Fuentes

La mayoría de los datos expuestos en este capítulo se encuentran en las referencias bibliográficas de la lectura complementaria, pero algunos puntos requieren una referencia específica. Carrasco 1950:306-307 señaló la dificultad para aceptar la afiliación lingüística pame para las tribus de cazadores del norte, debido a su vocabulario agrícola común con las lenguas otomianas.

Thompson 1943:25 argumentó el carácter posterior a la Conquista del préstamo de la palabra nahuatl 'ciervo' en las lenguas quiché; para el caso del préstamo de esta misma palabra al pame del norte, véase Gibson y Bartholomew 1979:311. La palabra 'pavo' en mixe-zoque, maya y tequistlasteco-jicaque fue identificada por Campbell y Kaufman 1976:86; sobre la palabra 'pavo' como un artículo de lujo en las áreas mixtecas, Spores 1967:8. Los prés-

tamos zoques en el náhuatl del istmo son identificados por García de León 1976: 50-53. La identificación de las palabras del vocabulario mixteco especial fue hecha por Arana Osnaya 1955.

#### Lecturas complementarias

Algunas presentaciones generales de los datos arqueológicos y del desarrollo cultural están en Wolf 1959; Willey, Ekholm y Millon 1964; Willey 1966; la caracterización de las sociedades mesoamericanas, en Carrasco 1971a; del imperio azteca, en Gibson, C. 1971. Sobre el importante tema del carácter y la influencia de la cultura olmeca, véase los diferentes puntos de vista representados por Coe 1965, 1968 y Sanders y Price 1968. La hipótesis sobre el mecanismo de y las motivaciones para las influencias culturales en Mesoamérica fue propuesta por Flannery 1968.

Las tradiciones nativas están resumidas en Carrasco 1971b. Las propuestas generales básicas de identificación lingüística de grupos, a través de evidencia documental, aparecen en Jiménez Moreno 1942, 1954-1955, 1959. Para referencias sobre grupos particulares: Carrasco 1950; Dahlgren 1954; Brand *et al.* 1960; algunas referencias para identificaciones lingüísticas de tiempos anteriores a la Conquista se dan en Harvey 1971; Spores 1965; Miles 1965.

Las hipótesis acerca de migraciones e identificaciones arqueológicas de los grupos mayas, en Diebold 1960; McQuown 1971; Kaufman 1978; véase también los cautelosos puntos de vista expresados en Willey 1971. Para la identificación del mixe-zoque con la cultura olmeca sobre las bases de la evidencia lingüística, véase Campbell y Kaufman 1976. Sobre Tehuacán como el lugar de origen del grupo otomangue, Amador Hernández y Casasa García 1979, Hopkins 1977. Un intento de rastrear las migraciones de los grupos lingüísticos en Mesoamérica, mediante correlaciones con datos arqueológicos, está en Manrique 1975. Una cuidadosa correlación (mixteca y amuzgo) de vocabulario reconstruido con datos arqueológicos, en Longacre y Millon 1961.

Sobre préstamos del nahuatl a las lenguas quiché, de las lenguas mayas a las lenguas de la periferia del sur y entre éstas, véase Campbell 1972, 1976b; para préstamos del mixe-zoque, Campbell y Kaufman 1976. Para problemas generales en la identificación de préstamos, Thompson 1943; aunque restringido a casos donde está involucrado el español, las observaciones de

Bright (1979) van mucho más al punto en lo que se refiere a préstamos entre lenguas indígenas. Para un caso de grupos coteritoriales contemporáneos con poca influencia entre ellos, véase Albores 1976.

Las propuestas para considerar a Mesoamérica como un área lingüística: Kaufman 1973; Campbell 1979.